

OCTAVIO PAZ HA MUERTO, EL MUNDO ES MÁS POBRE

HÉCTOR BIANCIOTTI

Con la muerte de Octavio Paz, la noche del domingo 19 de abril, calla la voz de uno de los más grandes poetas de nuestra época en todas las lenguas, al tiempo que se oscurece nuestra conciencia de los asuntos del mundo: de la historia de las religiones a la de las filosofías, de la economía a la lingüística, de la biología a Dante, a Shakespeare y, en pocas palabras, a la literatura universal en su casi totalidad, gracias a las vicisitudes de la vida, Paz miraba Occidente desde el Oriente, Oriente desde las Américas, los Estados Unidos desde América Latina.

Claude Roy señalaba que el gran poeta también era uno de los más perspicaces analistas de la marcha del mundo: "Es como si Nerval u Hölderlin escribieran libros dignos de Tocqueville o Marx."

¿Era mexicano? Poca duda cabe al leer *El laberinto de la soledad* (1950), fascinante interpretación de la civilización mexicana desde la Conquista hasta nuestros días. Pero también era cosmopolita —¿qué sería de la literatura sudamericana si se suprimiera semejante categoría de escritores?— al igual que su compatriota Alfonso Reyes, el chileno Vicente Huidobro, Neruda y Borges, Mario de Andrade, Clarice Lispector, Carpentier, Asturias, Sábato, Lezama Lima, Cortázar, Fuentes, Vargas Llosa, Bioy Casares, Silvina Ocampo, Severo Sarduy... Por lo demás, a la par del Edipo de Buenos Aires, es universal.

Poeta y ensayista —de doble ascendencia indígena y española—, Octavio Paz nació el 31 de marzo de 1914 en el seno de una familia muy culta. Su abuelo era un escritor "indigenista"; su padre, un abogado militante partidario de Emiliano Zapata. Su primera escuela fue la rica biblioteca del abuelo. De joven, malvivía de su pluma de periodista o de empleos extravagantes: trabajó en el Banco de México, contando billetes destinados a ser quemados: "Vi a grandes llamas devorar millones de pesos que no eran sino papel viejo; vi el carácter fantasmal del dinero, la otra cara del capitalismo."

En esa época colaboraba en un periódico popular, de izquierda, pero el pacto entre Hitler y Stalin lo desconcertó. Se fue alejando de sus amigos comunistas y rompió con ellos a raíz del asesinato de Trotsky:

"Entonces conocí a Victor Serge, a Benjamin Péret y a otros escritores revolucionarios desterrados en México... Esas nuevas amistades (...) me revelaron mis limitaciones y mis lagunas. Aquellos amigos me descubrieron otros mundos. Y sobre todo, lo que significa el pensamiento crítico. A ellos les debo saber que la pasión ha de ser lúcida", confiaba al escritor español Julian Ríos, en las entrevistas reunidas en *Solo a dos voces*.

Luego de una estancia en los Estados Unidos gracias a una beca de la Fundación Samuel Guggenheim, entró a la carrera diplomática en 1945, y fue nombrado en París donde, vía Benjamin Péret, no tardó en entablar una amistad con André Breton. La amistad implicaba, forzosamente, su adhesión al surrealismo, pero su lealtad al movimiento, antes que a la deplorable estética, se mantuvo hacia la idea según la cual el verdadero escritor es revolucionario porque expresa, casi a pesar suyo, exigencias muy distintas a las que la política profesa: son esas exigencias latentes en cada hombre, que el escritor, medium intermitente, logra detectar, ubicar en un primer plano, para iluminar la vía que la política le propone.

Paz regresó a París en 1959, de vuelta del Japón y de la India donde, años después, fue nombrado embajador en Nueva Dehli. Su carrera diplomática concluyó estrepitosamente en 1968, cuando su gobierno masacró a los estudiantes en la plaza de Tlatelolco.

LA PARTE DE LAS COSAS

En ese momento, su obra era vasta: se alternaban libros de poemas, ensayos literarios y ensayos políticos. Los últimos fueron a menudo mal recibidos: Paz nunca sintió la necesidad de recoger las roturas de los grandes sueños que, para tantos intelectuales convertidos en profesionales del *mea culpa*, tuvieron los sucesivos nombres de Stalin, Mao, Fidel Castro, etc. ¿Cómo aceptar al hombre de letras que no pertenecía a ningún partido, cuyas reflexiones políticas pretendían suscitar, antes que una opinión tajante, algo así como un punto de vista de todos los puntos de vista?

¿Qué sucedió cuando, en 1984, a propósito de Ni-

caragua, aventuró el siguiente balance: "Es cierto que los Estados Unidos ayudan a los grupos armados enemigos del régimen de Managua; es cierto que la Unión Soviética y Cuba mandan armas y consejeros a los sandinistas; también es cierto que las raíces del conflicto hundieron a América central en el pasado"? Simple y sencillamente, quemaron su efigie frente a la embajada de los Estados Unidos en México, al grito de "¡Reagan rapaz, tu amigo es Octavio Paz!" ¡Quién se detuvo por un instante en esta proposición que él nunca se cansó de repetir: "Creo que el pensamiento más radical, más saludable en su pesimismo fundamental, es el budismo. Para su salvación, la humanidad deberá evitar el ateísmo y el monoteísmo. El monoteísmo es la Inquisición y el Gulag. El ateísmo no es la libertad. Si quiere regenerarse, escapar a la destrucción, la humanidad necesita una larga cura de budismo."

Adversario de todos los totalitarismos, Paz, que prefería el calificativo de periodista al de crítico, saltaba sobre el acontecimiento como, más tarde, lo harían Leonardo Sciascia o Pier Paolo Pasolini. Siempre estaba en lucha contra la expansión y la multiplicidad de las ortodoxias ideológicas que, sin excepción, pretenden detentar la solución universal y acaban por instaurar el terror de Estado, y fomentar su contraparte: las turbas fanáticas. Hasta lo cumplió en la obra maestra (¿metafóricamente autobiográfica?) que dedicó a Sor Juana Inés de la Cruz (1651-1695), la religiosa-poeta, sin duda el más grande poeta de su época y, por añadidura, figura emblemática de la cultura mexicana: igualmente conocedora de la literatura que de la teología, las matemáticas, la música, la astronomía... Hostil al comportamiento del clero —"No me gustan los ruidos de la Inquisición"— la obligaron a realizar su autocrítica, a renegar de su obra filosófica y literaria, levantada a contracorriente de la ortodoxia feróz de los prelados y jueces que la desposeyeron de sus bienes y sus instrumentos científicos y musicales... Basta reemplazar la palabra "teológica" por "ideológica" para reconocer en la intolerancia de la que fue víctima la monja, las censuras de nuestros tiempos", advertía el escritor cubano Severo Sarduy a propósito de esta obra.

LAS MUCHAS ESTANCIAS EN PARÍS

Nunca nada habrá aminorado la pasión humanitaria de este poeta guardián del destino del mundo; ni la gloria ni el premio Nobel que le fue otorgado en 1990 por su obra "abierto a vastos horizontes, teñida de sensual inteligencia y humanismo íntegro". Una distinción entre muchas otras, como el Premio Internacional de Poesía (1963); el premio Cervantes, la más alta recompensa en el dominio español (1981); el

premio de la Paz (1984); y, en Francia, el Gran Premio del Águila de oro (1979), y el premio Tocqueville que le fue entregado por François Mitterrand, en Valognes, en 1989.

Los que en Francia lo conocían, le agradecían que volviese tan seguido a París porque, en la trivialidad generalizada, recordaba cosas esenciales a sus interlocutores que, por lo demás, siempre esperaban de él lo inesperado. Alcanzó su sueño de tener un ancla en París. Lamentaba que la conversación francesa fuese cada vez menos literaria y versara cada vez más sobre la política. En permanente estado de curiosidad e inspiración, alerta y avizor, constante cuestionador de la circunstancia, del "acontecimiento", y asombrado de los repentinos llamados de la Musa, a quien presentaba como una amante inoportuna —era el germen que sembraba un poema nuevo en su espíritu—, Octavio Paz era, permitámonle la metáfora, una campana de bronce que reverberaba una gran variedad de sonidos y sobre la cual, de repente, se posaba la delicada mariposa de la poesía.

¿El poeta?

¿Cabe definir al poeta como un hombre tocado por la inspiración, cuyo origen ignoramos, y que otorgaría el "don" al elegido, sin que haga nada para merecerlo? Para Octavio Paz, la poesía es la perpetua tensión del poeta hacia un absoluto del lenguaje, en la esperanza de cautivar la realidad, lo efímero —eso mismo que se desvanece en el momento en que uno lo piensa, da un paso—, con palabras que no se esperan y milagrosamente se ordenan, gracias a la cadencia que el mismo artista vacila en considerar como el fruto de su paciente trabajo. Si bien el "sentido" está en el origen del poema, su finalidad es esa cosa alada y ligera, a la que aludía Platón y gracias a la cual, como dice Octavio Paz, "las imágenes se oyen".

Sin embargo, toda su obra corresponde a lo más fuerte, lo más positivo de la modernidad: la importancia capital otorgada a la crítica en el trabajo mismo de la creación. Admirador de T.S. Eliot, sostenía que la mayor parte del trabajo del poeta, cuando compone un poema, es el trabajo crítico: "Algunos escritores son superiores a otros, decía Eliot, sólo porque sus facultades críticas son superiores". Por su lado, Octavio Paz añadía: "La literatura moderna no es ni puede ser sino literatura crítica. Crítica del mundo en que vivimos y crítica de la literatura, crítica de la crítica. Y esa crítica es creadora siempre. La crítica del lenguaje se vuelve creación de un lenguaje."

Por lo tanto, ¿su poesía sería intelectual? En la medida en que un poema es como una fiesta del intelecto; una fiesta que, en la caja de ecos que es el poeta, celebran las sensaciones, los sentimientos, las ideas y su remembranza. No hay que equivocarse: la

Desde hacía dos meses, junto con otros amigos, aplazábamos el momento de viajar a México, porque Octavio Paz, con quien teníamos una cita, estaba enfermo. Para una película en preparación sobre Albert Camus, queríamos grabar lo que el premio Nobel mexicano una vez me contó del Nobel francés. La conversación había tenido lugar durante una cena en mi casa, en 1996, a la que concurrieron él y su esposa Marie-Jo, Claude Roy, Loleh Bellon, Florence Malraux, Michèle Daniel y yo. Hacía tiempo que sabía que Octavio Paz tenía un cáncer y que lo sobrellevaba. Hasta el día en que lo operaron del corazón. Sobre todo, hasta el día en que, según Marie-Jo, un maldito incendio devastó la biblioteca de su casa: un cuarto amorosamente arreglado, que le era muy entrañable, como podía comprobarlo cualquiera que lo visitase. No sólo había manuscritos dedicados por poetas de muchos países, sino también partituras de música muy raras, así como grabados y objetos personales y preciosos, que había traído de la India, donde había sido embajador de 1962 a 1968.

Hijo de un revolucionario zapatista, tiene 23 años cuando lo invitan, en 1937, al congreso de escritores antifascistas de Valencia, a donde acude junto con Pablo Neruda, el gran escritor chileno, que fue su maestro en poesía durante mucho tiempo. En Valencia, los escritores conocen la tentación de reunirse con André Malraux, Arthur Koestler, Stephen Spender y George Orwell para luchar en las filas republicanas. Pero, como le sucedió a la filósofa Simone Weil, el espectáculo mismo de la guerra civil española conduce a Paz a romper íntimamente con el comunismo estaliniano. La ruptura se volvería definitiva luego

del pacto germano-soviético, y pública a raíz del asesinato de Trotski en México. En esa época, entra en contacto con Alejo Carpentier, el franco-cubano que me llevaría a su casa, y luego con Benjamin Péret y André Breton.

En un momento de la cena ya mencionada, Octavio Paz se entregó, junto con Claude Roy, a un justa de citas poéticas, cuyos autores eran surrealistas de todos los países. Al filo de la conversación, se burló de mi ilusión de reconciliarlo con otro gran escritor mexicano, Carlos Fuentes, cosa que intenté durante mi última estancia en México. En fin, evocó la impopularidad que compartía con otros dos premios Nobel, Czeslaw Milosz y Albert Camus, desde los tiempos en que eran antiestalinistas en París, después de la Liberación. Los tres fueron ninguneados y a veces perseguidos por la *intelligentsia* parisina. Paz afirmaba que, a diferencia de los otros dos, él nunca se había sentido culpable a causa del ostracismo, incluso cuando era más difícil ser anticomunista en México, es decir cerca de los Estados Unidos, que en cualquier otro país.

En *Itinerario*, la biografía intelectual y política de Octavio Paz, Claude Roy había subrayado una cita de Victor Serge, otro antiguo y célebre comunista convertido a anticomunista: "No se trata de cambiar a los hombres, sino de acompañarlos, ser uno de ellos." Sí, pero, en el caso de Octavio Paz, uno de los más grandes.

JEAN DANIEL

Traducción de Fabienne Bradu
Le Nouvel Observateur, 23-29 de abril de 1998.

poesía de Octavio Paz siempre es una afirmación de la presencia del ser, aquí y ahora; a sus ojos, no es sino el reconocimiento de cierta felicidad: la que las palabras inventan para revelarnos, por un instante, los misterios que nos habitan, y para reconfortarnos. La prueba está en que la belleza es posible a cada momento y siempre indispensable; no es un fenómeno meramente humano, atribuible al solo lenguaje, sino una prolongación de la materia, que nos enseña que lo que el corazón desea y el alma reclama, no permanece en lo invisible. Al contrario, entra en lo visible, en lo que está al alcance de la mirada, incluso, de la mano.

Octavio Paz ha muerto y el mundo es más pobre. Recordemos las palabras de Henrich Heine, a quien Paz apreciaba y al que citó en nuestro último encuentro: "Allí donde mueren las palabras, comienza la música." Le manifestamos nuestra satisfacción porque su obra pronto integrará la colección de "la Pléiade". Él contestó: "¡Vaya! 'La Pléiade' es mejor después de muerto, ¿no le parece?... Lo digo por superstición". Y nos despedimos.

© LE MONDE